

Tollan: Babel

ALFREDO LÓPEZ AUSTIN

Las migraciones

Cuando se abandona la tierra natal para dejar atrás la pobreza, la tiranía o el temor a la guerra la nueva casa ha de construirse en el ámbito del prodigio. Un milagro descubre cuál es la tierra prometida y el espacio se inaugura con el agua y el fuego que hicieron funcionar el mundo en la auro-ra primigenia. La esperanza fincada en el futuro hace de todo pasado, incluido el inmediato de la migración, un tiempo nebuloso que idealiza el origen, la historia, la aventura y aun el sufrimiento.

En los relatos que nos hablan de los últimos siglos de Mesoamérica abundan los registros de las migraciones. Muchos grupos humanos, a veces pueblos enteros, se trasladaban a lugares más favorables en los difíciles años de recomposición política. No es posible conocer la magnitud de la redistribución de las poblaciones en aquella época; sin embargo, puede apreciarse que la migración era un fenómeno extendido y constante por la forma ya tan normada que usaba cada grupo para contar la historia de su propio viaje. Cuando las crónicas narran los desplazamientos ajenos, los relatos tienen la sobriedad realista de los acontecimientos; pero en los registros propios se suceden los portentosos episodios de los éxodos y las visiones de las hierofanías fundacionales. Estas historias son canónicas. La frecuencia de las movilizaciones había creado pautas en las creencias y en los relatos; a partir de ellas se imbricaban los hechos experimentados con las fuertes interpretaciones sobrenaturales, dando a las migraciones tintes maravillosos muy distintivos. Al comparar las versiones de viajes diferentes se observa que los pasajes manifiestan recurrencias, los puntos de origen tienen nombres similares, los itinerarios coinciden en algunas estancias, se trasladan las aventuras de unos relatos a otros y los personajes tienen existencias muy prolongadas, realizan prodigios o desaparecen por encanto.

Por lo regular se señala como la patria abandonada un sitio de vaguedad mítica, un abrigo primordial, subterráneo

o acuático, ajeno a este mundo. Su nombre puede aludir a su ubicación subterránea y llega a coincidir en diversas historias: El Lugar de los Antepasados o El Lugar del Gancho, El Lugar del Ataviado de Papel, El Lugar de las Siete Cuevas, El Lugar de la Vasija de Piedra Verde y otros parecidos, que hacen de los emigrantes un pueblo de muy reciente aparición en el mundo. Apremia a los viajeros la promesa de un dios patrono que les ofrece tierras ricas y destino glorioso. El dios sella el pacto regalando a sus hombres los instrumentos de trabajo. Tras la salida del seno terrestre, los viajeros cruzan una corriente acuática o un brazo de mar. Hay un amanecer portentoso. Un milagro señala el sitio del asentamiento definitivo... La historia se resume, a fin de cuentas, en la partida del grupo, el viaje a la tierra prometida y el milagro fundacional que legitima a aquel pueblo en la posesión de su nuevo hogar.

Entre los sitios que se mencionan en los relatos de migraciones destaca una de las ciudades más famosas del Posclásico: Tollan o Tulán.

Tollan real, Tollan mítica

La identificación de Tollan ha propiciado múltiples desorientaciones y polémicas entre los investigadores. Buena parte del problema reside en su doble ubicación en este y en el otro tiempo-espacio, carácter que, por cierto, no le es exclusivo. En la tradición mesoamericana —como en muchas otras— hay ciudades sagradas cuya condición se concibe en un doble plano: son al mismo tiempo lugares divinos y realidades terrenales. Culhuacan, por ejemplo, era el sitio de origen de los antepasados, distante de este mundo; sin embargo varias fundaciones reales llevaron su nombre y, es de suponerse, tuvieron como arquetipo la concepción cosmológica. Tamoanchan es otro ejemplo: era el lugar de procedencia de todos los seres que debían nacer sobre la Tierra; no obstante, la historia registra poblaciones que llevaron su nombre, una de ellas sagrada, réplica de la celeste.

Las fuentes, sin embargo, no hacen un claro deslinde, y no debió de haberlo en el pasado prehispánico entre quienes veían en su mundo las reproducciones del ámbito divino. Tollan —supuestamente la Tollan histórica— es descrita con los más bellos colores de riqueza, fertilidad, sabiduría, refinamiento y poder. Davies, estudioso del pueblo tolteca, establece el contraste entre las maravillosas imágenes que proporcionan los documentos históricos y la modesta realidad que descubren las excavaciones arqueológicas; asimismo, compara el doble nivel de esta ciudad mesoamericana con el de la idealizada Roma y con la Jerusalén concebida en la Edad Media como morada celestial de muros de piedras preciosas y pórticos de perlas.¹

Sin duda las varias Tollan mundanas que reclamaban para sí el prestigio derivado del arquetipo ostentaron en su tiempo la sacralidad de las réplicas; fueron, además, centros legitimadores del gobierno político. Recibieron tal nombre, según los textos históricos, Teotihuacan, la actual Tula del estado de Hidalgo y Cholula; parece tener el mismo carácter una ciudad de ubicación aún indeterminada que en los documentos se menciona como Oriente.

Tollan y Quetzalcóatl

La figura de Tollan y la de Quetzalcóatl marchan paralelas en la historia. Quetzalcóatl fue uno de los dioses más poderosos de Mesoamérica. Como Tollan, tuvo sus réplicas en este mundo. Su fuego divino —se creía— se alojaba en el pecho de gobernantes que llevaban su nombre y actuaron fundados en su representación. Las historias de estos gobernantes —como las de Tollan— mezclaron los planos. Sus hechos no se deslindan de los símbolos y las aventuras míticas del dios y su existencia era en buena parte un ritual que repetía las pautas sagradas.

No debe extrañar al lector que la confusión intencional de lo humano y lo divino haya provocado también en este caso una prolongada, intensa y fructífera discusión entre los especialistas, y que en torno a las intrincadas personas del dios y del hombre-dios se hayan escrito múltiples estudios. Día con día los supuestos hechos humanos del personaje revelan su profundo simbolismo y el hombre —los hombres llamados Quetzalcóatl— va quedando vacío de historia propia, como si el fuego del dios ocupara todo el recipiente mortal de los poseídos.

La figura Quetzalcóatl es sumamente compleja. Es el creador de los hombres; el dueño de los objetos de colores; el morador de las cuatro casas de los cuadrantes del mundo; el que extrajo del otro tiempo-espacio —como un tlacuache ladrón— el fuego, el pulque, el maíz y el tiempo para darlos a los hombres; el inventor del calendario; el que concedió el poder a la nobleza en la noche primigenia; el que recogió los huesos de su

padre para llevarlos al templo de la verdura... En cada una de estas y otras múltiples hazañas su rostro de dios se muestra como uno de los creadores principales; en cada una de ellas, atribuida a sus vicarios terrenales, se vislumbra un fundamento del ejercicio político. Tollan y Quetzalcóatl juegan en dos órdenes que se complementan, que se retroalimentan: el poder Enriquece las hazañas del mito; el mito justifica el poder.

De los vínculos que se establecen entre el arquetipo mítico y la política a partir de las figuras de Tollan y Quetzalcóatl, detengámonos en uno: Tollan y la creación de las lenguas.

La política del Posclásico

Durante el Clásico, en Teotihuacan, parece que se produjo una transformación básica en la composición poblacional, con fuertes repercusiones en las formas de gobierno y en las bases religiosas que sustentaban la organización política. La constitución urbana de este centro llegó a ser heterogénea. Las excavaciones arqueológicas demuestran cómo barrios enteros estaban habitados por hombres cuyos vestigios los ligan a regiones mesoamericanas distantes. No eran extranjeros, puesto que en dichos barrios se habían mantenido, generación tras generación, los cultos religiosos, las prácticas funerarias y el uso de los ajuares de procedencia lejana. Simplemente, Teotihuacan era una urbe cosmopolita en la que podían coexistir barrios de distintas tradiciones.

La existencia de una población heterogénea tuvo que haber resquebrajado un sistema político que descansaba en el poder de una línea privilegiada de descendencia, que destacaba sobre todas las demás que formaban una unidad de linaje. Este sistema se caracterizaba por el reconocimiento de un antepasado divino o semidivino del que procedía todo el grupo humano. Se creía que el antepasado había pactado con el dios patrono del linaje y con frecuencia se le identificaba con él. Las funciones de los miembros de la comunidad, y con ellas la especificidad de los derechos y obligaciones, se distribuían entre las diversas líneas de descendencia. Quienes adquirían la dirección del grupo argumentaban que su línea era la de mayor proximidad al antepasado primordial. En esta forma, el gobernante supremo llegaba a ser una especie de "hermano mayor" impregnado de sacralidad. El mando político, por tanto, era una prolongación magnificada de los vínculos del parentesco.

Este sistema respondía a la organización de grupos étnicamente homogéneos. Sin embargo, no podía operar cuando la población se volvía heterogénea. Podía seguir funcionando en forma sectorial pero no en el ejercicio de un dominio global. El gobierno sobre una población heterogénea habría de adquirir un fundamento distinto: el territorial. Y éste parece haber sido el caso de Teotihuacan.²

¹ Nigel Davies, "Tula: realidad, mito y símbolo", en *Proyecto Tula (Primera parte)*, coord. Eduardo Matos Moctezuma, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1974, p. 109.

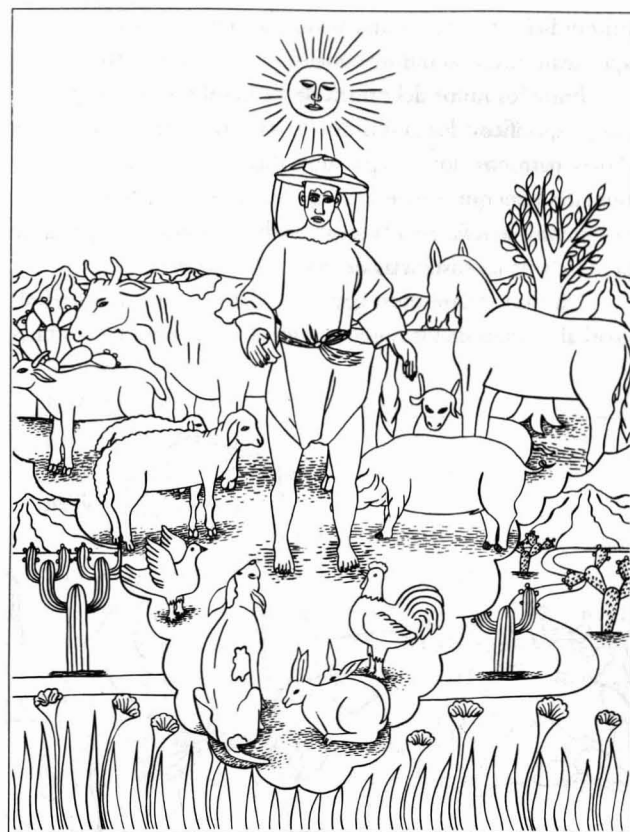
² Sobre este proceso, véase Alfredo López Austin, "La historia de Teotihuacan", en Alfredo López Austin, José Rubén Romero Galván, Carlos Martínez Marín y Rafael Doniz, *Teotihuacan*, Citicorp/Citibank México, México, 1989, pp. 31-34.

No es probable que el cambio teotihuacano se hubiese propagado a otros pueblos del Clásico; al menos no fue así en la zona maya. Entre los mayas la creciente complejidad de un calendario, una escritura y un conocimiento de los astros, que en buena parte estaban al servicio de la legitimación de los linajes, y la profusión de los retratos de los gobernantes revelan que en este territorio existió un enorme desarrollo y robustecimiento del poder basado en el sistema de linajes, en cuyo vértice se encontraba la figura casi divinizada del monarca. Así lo indica también la lectura que se hace de los textos jeroglíficos.

En el Posclásico la situación fue diferente. En dicha época se sucedieron en la Mixteca, en Michoacán, en el centro de México o en la propia zona maya las guerras que tuvieron como claro propósito constituir sistemas de dominio de tipo territorial por medio del sometimiento y la unificación de una población heterogénea. Además, los actuales estudios históricos y arqueológicos ratifican la importancia que tuvo en el Posclásico la composición pluriétnica de las grandes poblaciones. Desde hace tiempo se sabía por las fuentes documentales que ciudades posclásicas del Altiplano central, Occidente, Oaxaca y otras regiones mesoamericanas estuvieron compuestas por barrios de distintas tradiciones y que en ellas se hablaron diversas lenguas. Hoy las excavaciones arqueológicas, por una parte, y los estudios epigráficos, por otra, corroboran que sitios tan importantes como Tula y Chichén Itzá contaban durante el Posclásico con pluralidad étnica.

La nueva dirección política requería bases religiosas consecuentes, adecuadas al sustento ideológico de un mando ejercido más allá de los lazos de parentesco. Conjuntamente a la creación de niveles gubernamentales superiores a los grupos de mando de los linajes, era necesario fomentar la idea del patronazgo de los dioses locales y extender su poder sobre los dioses patronos de los linajes. Al mismo tiempo, la dirección general habría creado una nobleza, posiblemente integrada en un principio por personas destacadas de los linajes pero ahora separada de ellos. Bajo los lineamientos de la tradición, esta nobleza debía contar también con un mito sustentante, un dios patrono propio y una historia mítica que fundamentara su poder.

Es lógico pensar que quienes habían logrado establecer en los grandes centros de población un sistema de gobierno territorial sobre una población pluriétnica, pretendiesen una expansión hegemónica basada en el mismo principio. Esto sería, prácticamente, una idea inicial de imperio. No existen elementos suficientes para suponer que en el Posclásico temprano, durante el florecimiento de Tollan Xicotitlan (siglos X a XII),³ hubiese cristalizado un imperio basado en la concepción de una capital sacralizada por el mito. Sin embargo, parece haber existido un germen de organización imperial: un sistema político que obligaba a algunos gobernantes a acudir a un centro religioso —una ciudad sagrada— para



ser investidos. Estas ciudades sagradas tienen en los textos los nombres de Tollan o de Oriente. Lamentablemente las menciones que las fuentes históricas hacen de esta institución son escuetas y oscuras.

Después, en el Posclásico tardío, las campañas expansivas mexicas fueron intensas y eficaces en cuanto a la sujeción de amplios territorios mesoamericanos; sin embargo, los mexicas nunca pudieron cimentar un verdadero imperio y su hegemonía tuvo que conformarse con la extracción tributaria, sostenida permanentemente por acciones o amenazas bélicas. Aunque la fundamentación religiosa de las conquistas mexicas fue titubeante, en los argumentos de dominio se siguieron mencionando los nombres de Tollan y Quetzalcóatl.

El padre y los padres, la cuna y las cunas, el lenguaje y las lenguas

Con lo anterior queda claro que una vigorosa vertiente mítica, la de Tollan y Quetzalcóatl, se adapta a las necesidades de justificar un gobierno pluriétnico. Es aventurado conjeturar cómo se produjo la correspondencia entre la acción política y los mitos. Pudo haber existido una rica base mítica que fue adaptada a los nuevos requerimientos de gobierno y a las pretensiones de dominación; pudo existir también una orientación política emanada de algunos mitos fundamentales; lo más probable es que haya existido una influencia recíproca entre la práctica y la esfera de la cosmovisión. Lo cierto es que durante el Posclásico el culto a Quetzalcóatl se vinculó recíprocamente al poder y que en los relatos lindantes entre realidad y leyenda, Tollan y su sacerdote gobernante ocuparon un lugar

³ La actual Tula del estado de Hidalgo.

primordial. Otro tanto sucedió con los mitos de creación que apoyaban directa o indirectamente el poder supraétnico.

Entre los mitos del origen de los hombres los hay genéricos y específicos. Estos últimos relatan cómo cada uno de los dioses patronos, los antepasados, dieron origen a un grupo humano para que existiera en el mundo. Los mitos genéricos, en cambio, se refieren a la creación del ser humano a partir de la mezcla de las sustancias de vida y de muerte.

Un importante mito genérico relata el viaje de Quetzalcóatl al mundo de los muertos, con el fin de obtener los huesos que servirían como materia prima; después, ya en Tamoanchan, Quetzalcóatl regaría los huesos molidos con la sangre de su propio pene: de la masa resultante surgiría el ser humano. Quetzalcóatl es, por tanto, el padre de todos los hombres, más allá de sus diferencias étnicas.



Paralelamente, son dos las clases de lugares de origen. Por una parte está la cuna de todo ser humano, la mítica Tamoanchan donde fue formado el hombre; por otra, los lugares particulares de nacimiento de los grupos humanos, entre ellos el famoso Chicomóztoc (El Lugar de las Siete Cuevas), recipiente de varios úteros en los que se formarían de manera simultánea distintos grupos humanos.

¿Existe una contradicción entre el padre singular y los padres específicos o entre la cuna general y las cunas particulares? No, por varias razones. Una de ellas se funda en el principio del desdoblamiento, característico de la religión mesoamericana. Los dioses podían dividirse y multiplicarse. A partir de este poder, el padre genérico daba origen a los padres particulares (los dioses patronos), emanaciones suyas con misiones puntuales de proteger a un segmento de la humanidad. Lo mismo se pensaba de los lugares sagrados: cada uno de ellos se proyectaba en réplicas. Los lugares particulares de creación (entre ellos Chicomóztoc) eran una prolongación de Tamoanchan. Se creía, además, que los grupos humanos habían pasado por dos momentos muy diferentes de creación. Originalmente había sido formada la especie humana en Tamoanchan, en

la primera aurora del mundo. De ahí la humanidad había pasado a un estado de latencia, a una especie de sueño en el otro mundo, en el vientre terrestre, en los úteros de la montaña madre. Los distintos pueblos iban apareciendo en forma paulatina a través de los siglos. Sucesivamente, en su oportunidad, en su momento histórico, los grupos humanos irrumpían a la luz solar guiados por sus dioses patronos.⁴

Un problema paralelo a los anteriores fue el de la unidad y la pluralidad lingüística. Los antiguos mesoamericanos consideraban que el lenguaje era esencial y exclusivo del hombre. Antes, en el tiempo plástico de la creación, los gérmenes primordiales podían hablar pero cuando el Sol salió por vez primera y cuajó con sus rayos todo lo existente en la faz de la Tierra, las criaturas perdieron la facultad del habla, todas, con excepción del hombre. ¿Por qué, entonces, si el lenguaje era esencial, los hombres hablaban distintas lenguas? El modelo mítico que discernía lo genérico de lo específico del ser humano se aplicó también, como enseguida veremos, para resolver el problema de la distinción entre el lenguaje y la lengua. Para ello era necesario un mito intermedio. Hacía falta una Babel. La Babel fue Tollan.⁵

La Tulán de las migraciones mayas

En los relatos de migración de los pueblos del altiplano guatemalteco aparece Tulán, estancia del camino hacia la tierra prometida. La Tulán maya es la Tollan de los nahuas. Por ello algunos especialistas han considerado que los relatos mayas prueban que existió un viaje real del centro de México a Guatemala. De los relatos, sin embargo, puede deducirse algo muy diferente. Transcribo a continuación, reduciendo en la medida de lo posible, los textos relativos al viaje que los primeros padres de los quichés y los cakchiqueles hicieron al altiplano guatemalteco. Los primeros textos proceden del *Popol Vuh* y hablan de las cuatro parejas primigenias que dieron origen al pueblo quiché:

Así fueron creados y formados nuestros abuelos, nuestros padres por el Corazón del Cielo, el Corazón de la Tierra... Entonces existieron también sus esposas y fueron hechas sus mujeres...

⁴ Buena parte de mis interpretaciones de los mitos de Quetzalcóatl se encuentra en trabajos que he publicado, al menos, desde 1973. En una obra de próxima aparición, *Tamoanchan, Tlalocan*, me extiendo, entre otros temas, en los mitos de la creación del hombre, los dioses patronos y el mundo subterráneo de las latencias.

⁵ Sobre el papel de Tollan como origen de la diversificación de las lenguas y dispersión de los pueblos, véase mi libro *Los mitos del tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1990, pp. 437-439. Véase también el libro de Enrique Florescano, *El mito de Quetzalcóatl*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, pp. 144-145.

Diferentes eran los nombres de cada uno cuando se multiplicaron allá en el Oriente, y muchos eran los nombres de la gente: tepeu, olomán, cohah, quenech, ahau, que así se llamaban estos hombres allá en el Oriente, donde se multiplicaron. Se conoce también el principio de los tamub y de los ilocab, que vinieron juntos de allá del Oriente... Éstas son solamente las tribus principales, las ramas del pueblo, que nosotros mencionamos; sólo de las principales hablaremos. Muchas otras salieron de cada grupo del pueblo, pero no escribiremos sus nombres. Ellas también se multiplicaron allá en el Oriente.

Muchos hombres fueron hechos y en la oscuridad se multiplicaron. No había nacido el Sol ni la luz cuando se multiplicaron. Juntos vivían todos, en gran número existían y andaban allá en el Oriente. Sin embargo, no sustentaban ni mantenían [a su dios]; solamente alzaban las caras al cielo y no sabían qué habían venido a hacer tan lejos.

Allí estuvieron entonces en gran número los hombres negros y los hombres blancos, hombres de muchas clases, hombres de muchas lenguas, que causaba admiración oírlos...

Así decían allá donde veían la salida del Sol. Una misma era la lengua de todos. No invocaban la madera ni la piedra... Así hablaban y esperaban con inquietud la llegada de la aurora...

Y habiendo llegado a sus oídos la noticia de una ciudad, se dirigieron hacia allá. Ahora bien, el nombre del lugar a donde se dirigieron [los cuatro antepasados] Balam-Quitze, Balam-Acab, Mahucutah e Iqui-Balam y los de tamub e ilocab era Tulán-Zuivá, Vucub-Pec, Vucub-Ziván. Éste era el nombre de la ciudad a donde fueron a recibir a sus dioses.

Así, pues, llegaron todos a Tulán. No era posible contar los hombres que llegaron; eran muchísimos y caminaban ordenadamente. Fue entonces la salida de sus dioses; primero los de Balam-Quitze, Balam-Acab, Mahucutah e Iqui-Balam, quienes se llenaron de alegría: —¡Por fin hemos hallado lo que buscábamos!, dijeron...

Y allí fue donde se alteró el lenguaje de las tribus; diferentes volviéronse sus lenguas. Ya no podían entenderse claramente entre sí después de haber llegado a Tulán. Allí también se separaron, algunas hubo que se fueron para el oriente, pero muchas se vinieron para acá.

Y sus vestidos eran solamente pieles de animales; no tenían buenas ropas que ponerse, las pieles de animales eran su único atavío.⁶

En términos similares, con una mayor influencia bíblica y cristiana, pero con interesantes matices, se narra la migración en otro documento quiché, *El título de Totonicapán*:

Ahora [aquí está] su historia. Ellos violaron sus leyes y cambiaron su lengua en el lugar llamado Wukub Pec, Wukub Siwán, Sewán Tulán...

Y fue en el Paraíso Terrenal donde fuimos formados y creados por Dios el gran Señor... Y éste [lugar] es Wukub Pec, Wukub Siwán, que verdaderamente fue en la cueva, en la barranca donde durmieron en el oriente. Moraban allí antes de venir...

Éste es otro capítulo que voy a relatar, el de la composición del señorío, es decir, el principio de la historia, el cuento del cerro amarillo, del cerro verde del territorio de Pasewán Patulán, y la escritura llamada "de la cueva, de la barranca de Tulán"...

Entonces, la gente mágica proyectó su venida. Su mirada llegaba lejos, al cielo y a la tierra; no había nada que se igualara con lo que ellos vieron bajo el cielo. [Eran] los grandes, los sabios, los jefes de todas las parcialidades de Tecpán. Así fue su venida del otro lado del mar, de Tulán, de Sewán...

Ellos vinieron a morar aquí del otro lado del lago, del otro lado del mar, de donde sale el Sol en Tulán y Sewán...

En esta forma vinieron de donde sale el Sol, y cuando fueron traídos, sus jefes eran Balam Q'uitsé, Balam Ak'ab, Majucotaj e Iquí Balam. Vinieron cuando el señor Nacxit les dio el pisom c'ac'al.

Cuando vinieron aquí estaban desnudos, estaban descubiertos, sólo tenían sus taparrabos y armaduras de malla.⁷

En tercer lugar, transcribo del *Memorial de Sololá* los párrafos relativos a la migración de los cakchiqueles:

Aquí escribiré unas cuantas historias de nuestros primeros padres y antecesores, los que engendraron a los hombres en la época antigua, antes que estos montes y valles se poblaran, cuando no había más que liebres y pájaros, según contaban; cuando nuestros padres y abuelos fueron a poblar los montes y valles ¡oh hijos míos! en Tulán.

Escribiré las historias de nuestros primeros padres y abuelos que se llamaban Gagavitz el uno y Zactecauh el otro, las historias que ellos nos contaban: que del otro lado del mar llegamos al lugar llamado Tulán, donde fuimos engendrados y dados a luz por nuestras madres y nuestros padres ¡oh hijos nuestros!...

En oriente está una Tulán; otra en Xibalbay; otra en el poniente, de allí llegamos nosotros, del poniente; y la otra donde está Dios. Por consiguiente había cuatro Tulanes ¡oh hijos nuestros! Así dijeron... y fue a Tulán a donde llegamos para ser engendrados y dados a luz por nuestras madres y nuestros padres.

Y poniéndonos en pie, llegamos a las puertas de Tulán. Sólo un murciélago guardaba las puertas de Tulán. Y allí fuimos engendrados y dados a luz; allí pagamos el tributo en la obscuridad y en la noche ¡oh hijos nuestros!...

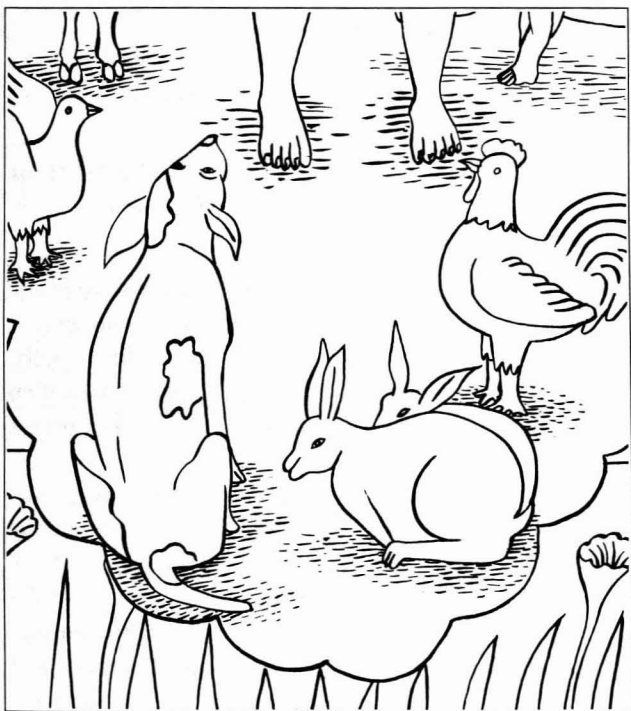
Luego se les dijo y mandó a [nuestros padres y a] nuestras madres: "Id, hijos míos, hijas mías, éstas serán vuestras

⁶ *Popol Vuh*. Las antiguas historias del Quiché, trad. de Adrián Recinos, Fondo de Cultura Económica, México, 1964, pp. 107-111.

⁷ *El título de Totonicapán*, trad. de Robert M. Carmack y James L. Mondloch, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Mayas, UNAM, 1983, pp. 174-176.

obligaciones, los trabajos que os encomendaremos." Así les habló la Piedra de Obsidiana. "Id a donde veréis vuestras montañas y vuestros valles; allá al otro lado del mar están vuestras montañas y vuestros valles ¡oh hijos míos! Allá se os alegrarán los rostros. Éstos son los regalos que os daré, vuestras riquezas y vuestro señorío." Así les dijeron a las trece parcialidades de las siete tribus, a las trece divisiones de guerreros. Luego les dieron los ídolos engañosos de madera y de piedra. Iban bajando hacia Tulán y Xibalbay cuando les fueron entregados los ídolos de madera y de piedra...⁸

Los textos transcritos son coloniales, con fuerte influencia europea, con indudables incongruencias y no pocos pasajes oscuros. Por ejemplo, en el último de los textos no está claro dónde reciben los cakchiqueles las imágenes de sus dioses. Sin embargo, de estos textos pueden extraerse algunos puntos muy reveladores sobre la naturaleza de la Tulán de las migraciones guatemaltecas:



a) Son dos las etapas importantes del camino: Oriente y Tulán. Sin embargo, en el segundo texto ambas ciudades parecen identificarse y en el tercero se dice que hay cuatro Tulanes: la de oriente, la de occidente, la del cielo y la del inframundo, y que los cakchiqueles eran originarios no de la Tulán oriental sino de la occidental.

b) En Oriente se hizo la división de los hombres en diferentes grupos étnicos. Los grupos se ejemplifican con los nombres de varias tribus pero se habla también de hombres

de distintas razas. En Oriente vivían juntos todos los hombres. Había allí una lengua común.⁹

c) La multiplicación en Oriente se dio en la oscuridad, cuando aún no había Sol. Allí todos los hombres esperaban con ansia la aurora primordial.

d) En Oriente los distintos pueblos todavía no tenían dioses propios ni las imágenes de piedra y madera.

e) De Oriente se dirigieron a Tulán, ciudad que también recibía los nombres de Wukub Pek, Wukub Siwán (Siete Cuevas, Siete Barrancas). Esto la identifica con Chicomóztoc, el Lugar de las Siete Cuevas de los nahuas, el sitio que aparece muy frecuentemente en las fuentes históricas como punto de origen de diferentes pueblos.

f) Se dice que Tulán es el lugar del cerro amarillo, del cerro verde. Hay que recordar aquí que el símbolo verde-azul/amarillo es el de la oposición agua/fuego que aparece durante la creación y, concomitantemente, en el mito fundacional de México-Tenochtitlan. El par de estos colores se refiere al origen del mundo.

g) Tulán está al otro lado del mar. Los hombres tienen que cruzar para llegar a estas tierras.

h) En Tulán cada grupo recibe a su dios particular en las imágenes de piedra y de madera o, como se menciona también, en el envoltorio sagrado (*pisom c'a'al*). Quien entrega el *pisom c'a'al* a los distintos grupos es Nacxit, esto es, el propio Quetzalcóatl.¹⁰

i) En Tulán era todavía de noche. Los grupos humanos esperaban allí la primera salida del Sol.

j) Al salir de Tulán los grupos cambiaron sus lenguas. Ya no pudieron entenderse entre sí. De allí partieron hacia distintas regiones del mundo.

En resumen, la Tulán de las migraciones es el lugar del que los distintos grupos humanos van a surgir para poblar la Tierra. No es de este mundo. Pertenece todavía al ámbito oscuro de los dioses. Los que aguardan en Tulán no han visto todavía la luz. Al salir de Tulán, cada grupo recibe los regalos que lo distinguirán sobre la Tierra: su dios patrono (con la herencia de la imagen y del bulto sagrado) y su lengua. Pero hay mucho más: Tulán es la afirmación de que, pese a las diferencias de linaje y de lengua, todos los hombres tienen un origen común, todos fueron originados en Tulán-Tollan y todos recibieron su herencia del mismo personaje: Nacxit-Quetzalcóatl.

De Quetzalcóatl —el padre genérico de los hombres, el que vive en Tollan, sitio de las cuatro casas de colores donde se crea el tiempo— emana la separación de los grupos humanos. Pero Quetzalcóatl y Tollan, como fuentes de la división, están sobre ella y pueden actuar como el centro unificador de la humanidad entera. ♦

⁹ Como puede advertirse, en el *Popol Vuh* se afirma primero que en Oriente había muchas lenguas pero luego el texto, más congruente con los demás testimonios, dice que allí se hablaba una sola lengua.

¹⁰ El nombre maya Nacxit deriva del náhuatl Nácxitl, uno de los nombres de Quetzalcóatl.

⁸ *Memorial de Sololá. Anales de los cakchiqueles*, trad. de Adrián Recinos, Fondo de Cultura Económica, México, 1950, pp. 47-53.